

# La *Populorum progressio*, cuarenta años después

Gian Paolo Salvini

*La encíclica Populorum progressio (Pp) fue definida como un eco prolongado del Concilio, por haber sido publicada poco más de un año después de su clausura.*

*El Vaticano II había sido sustancialmente un Concilio europeo, fruto de la teología sobre todo alemana y francesa. Pocos fueron los obispos provenientes de otros continentes, y en particular los de aquellos «pobres» no se hicieron notar. Al recurrir el 40º aniversario se anuncian numerosas iniciativas para recordar la publicación.*

Si queremos comprender bien el significado de la encíclica de Pablo VI, es oportuno ponerla en conexión con la *Sollicitudo rei socialis* (Srs), que ha celebrado su 20º aniversario, de modo análogo a cuanto se ha hecho con los nuevos documentos del Magisterio en materia social, que se presentan a vencimientos fijos, generalmente decenales, en relación con la *Rerum novarum*. La primera parte de la Srs está dedicada a precisamente a subrayar la actualidad de la Pp<sup>1</sup>, y la necesidad de renovar continuamente la doctrina social de la Iglesia. La Srs

<sup>1</sup> La Conferencia Episcopal Italiana ha dedicado explícitamente al 40º de la Pp el fascículo «Ética, sviluppo e finanza», aparecido al final de 2006, y comienzan a aparecer artículos en otras revistas (cf. G. SALVINI, «Sviluppo e finanza», en *Civiltà Cattolica*, 2006, IV, 579-585).

se refiere a ella como a un documento aplicativo del Concilio. Quizás más bien una integración del Concilio, carente de problemáticas sociales de relieve mundial.

### Contexto y oportunidad

La Pp<sup>2</sup> debe contemplarse en su contexto histórico. Acababa de terminarse un gran movimiento de descolonización, habían nacido muchos nuevos Estados independientes, con todas sus esperanzas y no pocas incógnitas. Pero la encíclica lanza un mensaje global que causa todavía hoy sorpresa. La palabra globalización no existía todavía, el mundo no era el de hoy, pero la Iglesia se presentó como portadora de un mensaje universal.

En realidad la universalidad es una dimensión siempre presente en la conciencia del que anuncia el Evangelio, pero ante todo, al menos en su traducción al campo social, era un mensaje dirigido casi solamente a los Países desarrollados. Esta es la primera encíclica que se ocupa del problema del desarrollo, visto como la reedición a escala planetaria de la antigua cuestión social. Frente a ella la Iglesia se sitúa no ya por encima de las partes interesadas para «dar a cada uno lo suyo», sino se pone decididamente al lado de los más débiles,

---

<sup>2</sup> Cf. Paolo VI, Letrera encíclica *Populorum progressio*, en *Civ. Catt.*, 1967, II, 11-43.

es decir, de los Países en vías de desarrollo, y por consiguiente de los vencidos, de los marginados.

La encíclica pretende ser ante todo una *toma de conciencia*, y precisamente por esto tuvo una recepción bastante variada. No fue acogida en todas partes con benevolencia; fue incluso acusada, en varios Países industrializados, de tener un tono marxista, incluso de ser «marxismo recalentado»<sup>3</sup>. Suscitó por eso desde su aparición una discusión vivaz<sup>4</sup>.

En Alemania, por ejemplo, muchos sostuvieron que el texto no se refería a su país rico, que había ya resuelto el problema del desarrollo, sino que interesaba solamente a los Países pobres. No se percibía la relación de causa a efecto que a menudo se da entre la riqueza de unos y la pobreza de otros.

Pero aun cuando esta causalidad no esté demostrada, en la economía moderna es ya un escándalo que las dos realidades convivan, como lo indicará explícitamente Juan Pablo II en el n. 28 de la Srs, aludiendo a la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro.

---

<sup>3</sup> O. A. RODRÍGUEZ MARADIAGA, «I quarant'anni dell'enciclica «Populorum progressio», in *30GIORNI*, 1 de enero de 2007, 31.

<sup>4</sup> Cf., además de cuanto escribió nuestra revista en el momento de la publicación, el número monográfico de *Aggiornamenti Sociali* 18 (1967) n. 5 y los numerosos comentarios allí recogidos.

En la parábola Jesús no afirma que el acaudalado rico lo sea porque ha despojado al pobre. Pero es ya un escándalo, que afecta a la misma salvación eterna, la existencia del rico junto al pobre, cuya presencia no es ni siquiera percibida, y sin que se pongan los medios para remediarla.

En los continentes más pobres, como en América Latina, la encíclica fue recibida como un nuevo evangelio. Ejerció de hecho un profundo influjo en la Conferencia del episcopado latinoamericano de Medellín, celebrada el mismo año, como se ve en las numerosas citas de los documentos finales de la Conferencia, la cual se encargó, de algún modo, de aplicarla a la América Latina.

La encíclica tuvo seis años de gestación y fue ampliamente inspirada en particular por el dominico Louis-Joseph Lebrel, pero vio la luz también por la gran sensibilidad de Pablo VI hacia los problemas internacionales<sup>5</sup>. No en vano provenía de la diplomacia pontificia.

---

<sup>5</sup> Para la génesis y las varias dimensiones de la encíclica, cf. ISTITUTO PAOLO VI, *Il magistero di Paolo VI nell'enciclica «Populorum progressio»*, Brescia-Roma, Istituto Paolo VI-Studium, 1989. Cf. también M. BEAUDIN, «“Populorum progressio”: fécondité et actualité toujours prophétique d'une parole d'Église risquée dans un tournant de l'histoire», en *Paul VI et Maurice Roy: un itinéraire pour la justice et la paix*, Brescia, Istituto Paolo VI, 2005, 75-94.

Se ha reprochado con frecuencia a la Iglesia haber llegado tarde con sus tomas de posición frente a los acontecimientos, en particular por lo que se refiere a la cuestión obrera, afrontada con la *Rerum novarum* en 1891, casi 50 años después del *Manifiesto* de Karl Marx. En el caso de la Pp no sucedió así. La Iglesia llegó a tiempo

---

*impresiona la globalización  
de la visión, en una época  
en la que el mundo andaba  
fragmentándose; la Pp habla  
de un solo mundo, que tendrá  
un futuro propio si acierta  
a ser un mundo habitable  
para toda la humanidad*

---

para las cuestiones del desarrollo. Y desde entonces ha continuado a afrontar con urgencia y a tiempo este tipo de problemas, aunque con estilos bastante diversos.

La Pp se compone de 87 puntos, expresados de un modo lapidario y con rara eficacia, cada uno de los cuales parece lanzar un mensaje. Por algo algunas frases (como «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz» [n. 87] o «el desarrollo deber referirse a la promoción de todo hombre y de todo el hombre» [n. 14]) se han hecho célebres y casi proverbiales.

En la Srs la exposición es mucho más articulada y compleja. Esto ha podido depender de la diversa personalidad de Juan Pablo II y de su modo de argumentar, o de la convicción de que la situación con el pasar del tiempo se ha hecho cada vez más compleja y no se deja resolver con pocas intuiciones, por muy eficaces que sean. Decimos esto no para rebajar la fuerza de la Pp, sino porque la situación mundial, humana, económica y política evoluciona muy rápidamente, y la solución de los problemas económicos se hace cada vez más difícil. Muchas cosas que la encíclica enunciaba y que entonces fueron despreciadas, o definidas como soluciones de incompetentes, han llegado a ser patrimonio común incluso de documentos de la ONU.

Las dimensiones humanas del desarrollo, no por cierto reducibles a la sola economía, son hoy un dato adquirido, y no se da *Relación* sobre el desarrollo que no las tenga en cuenta. Muchos acentos se pueden reconocer en las obras de Amartya Sen y de otros estudiosos de fama mundial.

### La actualidad de la «Populorum progressio»

Por muchos aspectos se puede decir que la Pp es un documento todavía vital y actual, aunque por otros puede haber acusado el desgaste del tiempo. No pretendemos hacer un examen detallado, pero podemos al menos indi-

car algunos puntos todavía válidos, y otros sobre los que la encíclica no encontró modo de expresarse.

Impresiona la *globalidad de la visión*, en una época en la que el mundo andaba fragmentándose. El de Pablo VI fue un discurso sobre el ser humano más que un debate sobre los modelos económicos concretos. La Pp habla de un solo mundo, que tendrá un futuro propio si acierta a ser un mundo habitable para toda la humanidad.

La Pp tiende a hacer del desarrollo *un problema cualitativo* y no cuantitativo en un mundo en el que sólo los economistas parecían ocuparse del desarrollo, reduciéndolo casi exclusivamente a la dimensión económica. La Iglesia, «experta en humanidad», afirma que «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico [...]. No aceptamos separar lo económico de la humano, el desarrollo de la civilización en la cual se inserta» (n. 14).

Es verdad ciertamente que la distinción entre dimensión cualitativa y cuantitativa de la vida, aunque si conceptualmente es fundamental, no es siempre cosa clara. Para el que vive en una chabola o en una *bidonville*, poder disponer de una casa digna de este nombre es un problema de calidad de vida. Para el que, provisto ya de casa, adquiere una segunda o una tercera en un lugar de vacaciones, se trata de un problema de cantidad. En

cualquier caso la encíclica critica la concepción según la cual el crecimiento económico general debe fomentarse porque más pronto o más tarde traerá consigo el bienestar para todos, incluso para los pobres. Como la historia ha demostrado, el crecimiento económico es una condición necesaria, pero no ciertamente suficiente, para superar pobreza y depresión.

La encíclica trata de afrontar el problema del desarrollo en toda su integridad, haciéndolo un problema humano. El desarrollo, «para ser auténtico debe de ser integral, es decir, dedicado a la promoción de todo hombre y de todo el hombre» (n. 14). En realidad el texto, aun insistiendo en la integralidad del fenómeno del desarrollo, no busca definir de modo preciso el desarrollo en cuanto tal.

Hay que notar que el latín *progressio*/progreso se ha traducido con el reducido «desarrollo». Del texto se desprende el convencimiento que se trata de un *objetivo siempre en movimiento*, cuyo contenido varía de tanto en tanto y de un lugar a otro, como un blanco móvil que tiende a trasladarse siempre más allá, aunque todos engloban algunos elementos esenciales. El progreso humano de hecho, en cuanto a derechos humanos, a recursos que se juzgan indispensables, a instrucción, etc., abre siempre nuevas posibilidades, que se supone forman parte del mínimo indispensable para

la plena realización (y, por tanto, el desarrollo) de la persona, de la familia, de la sociedad. El haber mantenido las afirmaciones a veces en un tono general, puede haber conseguido que todos se sientan reconocidos en estas frases y las hayan hecho propias.

La encíclica reivindica la necesidad de que, además de los técnicos, se ofrezcan personas decididas a realizar un *nuevo humanismo* (cf. n. 20) e indica los objetivos concretos: salida de la miseria, superación de las situaciones sociales precarias, ampliación de los conocimientos, una mayor conciencia de la dignidad del ser humano. Este último tiene una dimensión trascendente. Todo hombre y toda mujer están llamados a desarrollarse porque Dios ha dado a cada uno un fin específico, una vocación. Todo ser humano por lo mismo tiene la tarea de desarrollar las propias potencialidades y su propio mundo, independientemente de la cultura y de la propia concepción del mundo: en este sentido cualquier desarrollo es un desarrollo desde el bajo<sup>6</sup>, en cuanto la dignidad de la persona humana reclama que ella sea centro y meta, sujeto y protagonista de todo desarrollo.

Sin embargo eso no está visto como valor supremo, sino como instrumen-

---

<sup>6</sup> Cf. J. MÜLLER y J. WALLACHER, «Vierzig Jahre Populorum Progressio», en *Stimmen der Zeit* 225 (2007) 169.

to al servicio de otros valores humanos, los del espíritu. La Iglesia pretende insuflar un alma a este desarrollo. Naturalmente se sobreentiende la antropología cristiana, que sin embargo no está demasiado acentuada, como definiendo un tipo de hombre que se pretende «desarrollar». Existe por consiguiente el riesgo que nos encontremos teóricamente de acuerdo, pero teniendo en mente modelos de

---

*cada pueblo debe sabiamente  
escoger entre lo que se le  
ofrece, de modo que se  
rechacen valores aparentes,  
que en realidad deforman  
la vida humana*

---

hombres diversos, como también los Papas sucesivos (y el card. Ruini, por lo que se refiere a la Iglesia italiana) varias veces han relevado.

El desarrollo está visto como algo que debe venir del interior de cada pueblo, para lo cual se requiere que éste se haga responsable. También esta idea está hoy comúnmente aceptada, pero no siempre ha sucedido lo mismo. La idea ampliamente dominante era que, para realizar el suspirado desarrollo, bastaba imitar a los países ricos en su proceso histórico de modernización. A lo sumo con la ayuda de un nuevo «plan Marshall», dedica-

do no ya a los países devastados por la guerra, sino a los países nuevos que emergían de la dominación colonial y aparecían desprovistos de todo.

Una de las sorpresas de estos últimos decenios ha sido el descubrimiento de que no todos quieren imitar a los occidentales y considerarlos un modelo: es un descubrimiento doloroso para estos últimos. El rechazo de la civilización occidental ha mostrado también formas aberrantes y condenables en cualquier aspecto, como el terrorismo; pero es evidente que la globalización hoy imperante está vista por muchos pueblos como una nueva forma de colonialismo, aunque todos sus Gobiernos traten de formar parte. La Pp es, a este propósito, muy previsor, subrayando la importancia de un desarrollo como proceso cultural. Pero marca las distancias respecto a concepciones ingenuas de la cultura, y ve el riesgo de que conduzca a formas de nacionalismo exasperado o de racismo. Cada pueblo debe sabiamente escoger entre lo que se le ofrece, de modo que se rechacen valores aparentes, que en realidad deforman la vida humana.

La encíclica trata a continuación de indicar algunas vías concretas para hacer real el derecho de los pueblos al desarrollo<sup>7</sup>. La Pp denuncia claramente determinadas situaciones de

---

<sup>7</sup> Como es sabido Pablo VI trataba de dar rasgos definidos a este deseo concreto

injusticia, y los mecanismos particularmente inicuos. Algunas de estas denuncias han perdido ya actualidad. Los procesos de globalización prevalentemente, pero no exclusivamente, económicos han creado por su parte otros nuevos o reforzado algunos viejos.

La Pp habla de reformas agrarias, de fuga de capitales, de industrialización, de progreso social. No se limita por lo tanto a enunciar principios abstractos. Este descenso a lo concreto requiere naturalmente una actualización continua, porque los problemas pueden cambiar y hacer anticuado un documento, pero evita la impresión de un texto abstracto y con el que la Iglesia, como suele decirse, «no quiere mancharse las manos». Por lo demás, cuanto más se descende a particulares y a problemas técnicos, tanto más aumentan las divergencias, porque las soluciones concretas son legítimamente opinables.

---

cuando instituyó la Comisión Pontificia (hoy Consejo) de Justicia y Paz el 6 de enero del mismo 1967 (pocas semanas antes de la publicación de la encíclica), como respuesta institucional a la cuestión social mundial. El mismo Concilio Vaticano II por su parte había augurado la institución (cf. *Gaudium et spes*, n. 90). Como consecuencia se han formado por todo el mundo las Comisiones «Iustitia et Pax» nacionales, muchas de las cuales se hicieron protagonistas de iniciativas concretas inspiradas en la Pp, y muchas han tenido también sus mártires, empeñados en la justicia social promovida en nombre del Evangelio.

A veces sin embargo se llega a ver el mensaje subyacente que se pretende dar. El proceso de globalización ha creado inmensas riquezas: algo de ellas ha tocado a todos, o al menos a la gran mayoría; pero muchos se han quedado sólo con las migajas, mientras una minoría disfruta de grandes beneficios. Se ha extendido el bienestar y la vida media se ha alargado casi en todas partes, pero lo más pobres siguen siendo los más pobres, por lo menos en sentido relativo. Aumenta así el descontento de las personas que vive en pobreza relativa, lo que suscita revueltas violentas, con lo que también se ha globalizado el terrorismo y el miedo. Los conflictos locales en estos decenios demuestran el mensaje central de la encíclica: «el desarrollo y la paz son la misma cosa» y la seguridad que todos buscan es la lógica consecuencia.

### El compromiso de los Gobiernos

La segunda parte de la encíclica parece dirigirse sobre todo a las naciones más ricas, que son enfrentadas a un específico deber, articulado en un triple empeño: 1) de solidaridad, para colaborar a un desarrollo de las naciones todavía atrasadas; 2) de justicia, para hacer más equitativas las relaciones comerciales y de otro orden; 3) de caridad universal, para promover todos juntos un mundo más humano.

Comienza con un llamamiento para la asistencia de los débiles, y ante todo el problema del hambre, por desgracia todavía actual. Más adelante se subraya el deber de ayudar a los pueblos en vías de desarrollo. Esta parte de la encíclica fue criticada incluso por notables personalidades y protagonistas de la doctrina social de la Iglesia, como el P. Oswald von Nell Breuning (que en 1931 había colaborado a la redacción de la *Quadragesimo anno*), como si se tratase de una reedición del viejo concepto de limosna: los ricos deben mostrarse dispuestos a financiar el desarrollo de los otros (n. 47) de modo que también los pobres puedan sentarse a la mesa del rico. Se trata por el contrario de que los pueblos pobres puedan construir un sistema propio de economía productiva, capaz de crear y sostener el bienestar de los propios habitantes. La Pp efectivamente no habla mucho de la necesidad de desarrollar una economía industrial, mientras subraya particularmente la necesidad de reformar las reglas del comercio internacional. Probablemente parecía difícil, en los años sesenta, pensar en un desarrollo industrial de países carentes de toda infraestructura y de tecnología.

El problema de las relaciones comerciales permanece actual, pero la experiencia histórica demuestra que es necesario también promover el desarrollo industrial, efectivamente realizado en varios países, aunque con

resultados muy diversos: Corea del Sur y el Congo se encontraban en las mismas condiciones en los años sesenta; hoy la primera es una gran potencia industrial y el segundo está todavía enfrentado a inmensos problemas de pobreza.

La experiencia ha demostrado la dificultad de estabilizar los precios de las materias primas, de lo que habla la Pp como fuente de réditos para los países pobres, no obstante tantas medidas propuestas y adoptadas. Por otra parte entre los mayores exportadores de materias primas se cuentan los países industriales (EE UU, Rusia, Canadá, Australia, etc.). Es necesario promover la industria nacional de modo que pueda producir incluso manufacturas que implican alta tecnología, como ha demostrado la experiencia de los países del Sur-Este asiático, pobres en la época de la Pp y ahora verdaderos y propios colosos industriales, que han beneficiado, en los primeros tiempos del despegue, de la protección de gobiernos y de barreras comerciales. Por lo demás, a estas medidas proteccionistas recurren todavía, de vez en cuando, incluso países muy industrializados, como Alemania y EE UU.

Justamente la Pp subraya la responsabilidad de los gobiernos locales, que deben invertir en educación, formación, sanidad, y favorecer de todos modos la participación de la gente en el propio desarrollo, creando un esta-



do de derecho y una auténtica democracia, pero también poniendo a disposición de las personas los instrumentos necesarios, como estructuras educativas y sanitarias, microcréditos, etc. Hoy la globalización hace que sean todavía más determinantes organizaciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, etc., que están controladas por los países ricos y, en última instancia, por nosotros, electores de los gobernantes de los países industrializados.

Se trata por consiguiente, al menos en parte, de la superación de la idea de la ayuda al desarrollo, sobre todo entendida como estrategia, con premio de seguridad pagado por los países ricos para impedir la rebelión de los pobres.

Parece más positivo que se hable más en términos de anuncio que de denuncia. La denuncia es siempre más fácil y gratificante. Mucho más difícil es decir lo que se debe realizar. La Pp lo intenta, pero con esto se condena al riesgo de ser superada o crear división. Muchas fuerzas políticas de oposición a Gobiernos dictatoriales, que se referían a las enseñanzas de Pablo VI, se dividieron sobre los programas de desarrollo en cuanto llegaron al Gobierno, tras la caída de las dictaduras.

La encíclica no habla mucho del principio de subsidiaridad al que hoy se da tanta importancia, que significa concretamente, por un lado garanti-

zar la participación del pueblo, y por otro suministrar los instrumentos para reforzarla. Crear un sistema internacional que no obstaculice el desarrollo, sino que lo promueva y lo sostenga, no es operación fácil ni indolora. Basta pensar en las profundas injusticias que se dan de hecho en las políticas agrícolas, continuamente denunciadas y sin cuya eliminación es ilusorio esperar un desarrollo de

---

*la paz no está vista  
solamente como ausencia de  
guerras, sino como resultado  
de un esfuerzo común  
de todas las naciones,  
en una prospectiva mundial*

---

los pueblos pobres, que viven todavía en regiones fundamentalmente agrícolas, pero que, a consecuencia de estas deformaciones, se han hecho hoy importadores de alimentos.

Sobre estos *déficit* de justicia y de equidad en las relaciones comerciales internacionales la encíclica es muy clara y profética, tocando problemas todavía no resueltos, como demuestran los *impasses* de la Organización Mundial del Comercio. Pero se dan también problemas nuevos, como los relativos al etiquetaje de antiguas medicinas que son «capturadas» por los países industriales y no por aque-

llos que las han usado por siglos o milenios, o de los OGM para cuyas semillas se crean nuevas dependencias, que se deben comprar cada año de las multinacionales que las patentan y venden los fertilizantes químicos adaptados.

La Pp apunta también al problema de la deuda exterior (n. 54), que entonces casi no existía, pero que explotó en 1982 con la declaración de insolvencia por México. Ninguno señaló entonces a las medidas concretas sugeridas por la encíclica, que habrían probablemente podido evitar los inmensos desastres de años sucesivos, todavía hoy muy lejos de solución: la deuda de los países en vía de desarrollo ascendía a cerca de 2.500 mil millones en 2005.

La encíclica termina con un himno al desarrollo, «nuevo nombre de la paz» (n. 87), en la que piensa el Papa como deseo supremo, y que está condicionada por el desarrollo, incluso coincide con él. La paz no está vista solamente como ausencia de guerras, sino como resultado de un esfuerzo común de todas las naciones, en una prospectiva mundial. La Pp es una invitación al diálogo entre las civilizaciones a lo que Pablo VI era tan sensible y que hoy todavía espera su realización.

### **Algunas observaciones**

Según algunos, pero no según nosotros, se puede señalar en la Pp un

excesivo optimismo propio de la época. Estábamos en los *Golden Sixties*. Revolución verde, progresos científicos y mejoras sociales parecían prometer desarrollo para todos en breve tiempo. Y, en campo católico, era el clima del Concilio, bien reflejado en la *Gaudium et spes*, al cual por lo demás se hace el mismo reproche. Los decenios siguientes han conocido una serie de sucesos (como para los países que consiguieron industrializarse y a entrar con todos los votos en la era de la globalización, mientras otros están todavía entrando), pero también clamorosas derrotas. Basta pensar en muchos países del África subsahariana.

Por otro lado es necesario insistir hoy especialmente sobre los derechos de los pobres más que sobre los deberes de los ricos. La encíclica da a veces la impresión de hablar a los ricos incluso porque está redactada en un lenguaje muy occidental. Quizá entonces sólo los occidentales habían creado un lenguaje adaptado para afrontar estas problemáticas; pero cierto que, al releerla, se nota la falta de la voz de la contraparte. Se dice que los países en vías de desarrollo son o deben ser protagonistas, pero no son ellos los que lo dicen. Son otros los que les prestan la voz, cierto que benévola.

Nos parece notable el hecho de que no se contraponga una solución cristiana a una laica: el discurso es único, de fraternidad y de valores humanos.

A la Iglesia le toca la tarea profética y de juicio sobre el mundo. Aunque si, a juicio de algunos, la ambigüedad no está enteramente resuelta: para justificar el deber del empeño por el desarrollo se requiere un discurso humanístico, laico, para poder dialogar con todos, incluso con los no creyentes, y al mismo tiempo hay que buscar una dimensión religiosa para poder dialogar con las otras grandes religiones mundiales<sup>8</sup>. En la *Srs* parece que sólo los cristianos tienen una palabra universalmente válida y comprenden el significado último del empeño. Pensando en la época en que fue escrita, hay que decir que el lenguaje de la *Pp* es moderno y no se hace prisionero de la contraposición ideológica de los dos bloques entonces muy presentes. Hablando del ser humano, la encíclica acaba reduciendo la diversidad de los varios sistemas económicos, que parecen reducirse sólo al diverso régimen de propiedad, mientras quedan ambos comprometidos con la misma lógica deshumanizante de la sociedad industrial, que anula el ser y lo sacrifica al tener.

Quisiéramos hacer notar, para subrayar cuánto se diferencie el clima de hoy del de los años sesenta, que en América latina uno de los pasajes más citados en los que, con mil cautelas, la *Pp* autorizaba el recurso a la

insurrección revolucionaria «en el caso de una tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase de modo peligroso el bien común de un país» (n. 31), advirtiendo sin embargo claramente que «la insurrección revolucionaria es fuente de nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas» (ibi). Cuando Pablo VI, pocos meses después, en Medellín, recordó que «la violencia no es cristiana», las críticas fueron muy fuertes, incluso de parte de cristianos comprometidos. Hoy por fortuna se percibe un gran desencanto sobre la posibilidad de remediar las injusticias con la violencia que, según la experiencia histórica incluso reciente, engendra a menudo nuevas injusticias. Como recordaba precisamente la *Pp*. Hoy todos los «comprometidos» están contra la guerra.

Visto el plano en el que se sitúa el documento, se evita el escollo de la relación entre evangelización y promoción social, que emergió luego prepotentemente en el Sínodo de los obispos de 1971, y que bloqueó el documento final del de 1974, por el desacuerdo entre los padres sinodales. El mismo Pablo VI resolvió el *impasse* con la *Evangelii nuntiandi* (1975). La *Pp* se limita a mostrar el motivo del interés de la Iglesia y el valor del desarrollo en sí mismo en cuanto problema humano. Y la Iglesia se profesa experta en humanidad.

---

<sup>8</sup> Cf. J. MÜLLER y J. WALLACHER, «Vierzig Jahre...», cit., 173.

### ¿Qué ha cambiado hoy?

Es siempre difícil determinar qué ha cambiado del tiempo de la publicación de la Pp y lo que permanece todavía actual. Hemos apuntado ya diversos aspectos. Pero podemos intentar un balance más preciso. Muchos problemas tocados por la encíclica siguen pesando, otros han adquirido dimensiones del todo imprevistas en el pasado, otros han sido superados.

---

*uno de los apoyos del desarrollo  
es ciertamente la instrucción  
y la formación de las mujeres,  
que, por lo demás, resolverían  
también el problema  
demográfico*

---

Baste pensar, en cuanto se refiere a los países ricos, a los problemas ligados al mundo del trabajo y a los de la desocupación, hoy fundamentales para todos.

En la encíclica se habla de solidaridad universal, pero no se capta plenamente el problema de la interdependencia (que emerge prepotente con el *shock* petrolífero de 1973 y con la relación Brundtland), que la Srs tomará como *leitmotiv*. Hoy esta palabra ha sido sustituida por «globalización», con la que se quiere indicar el entramado frenético y la comunica-

ción de informaciones, riquezas, tecnologías, etc., que envuelve nuestro planeta en una tupida red de malla, que a veces parece demasiado estrecha y sofocante, porque no está unida a una globalización de valores.

De hecho nadie pone en duda que exista más de un sistema económico mundial, sin perspectivas de alternativas concretas. El nuestro es un mundo unipolar, es decir, con una sola potencia, o en todo caso no ya bipolar. Todos los Gobiernos ven las ventajas de la integración, y protestan no porque deban entrar en la globalización, sino porque no se les consiente hacerlo. O, sobre todo, no se les concede hacerlo en condiciones iguales.

En segundo lugar el sistema capitalista no parece estar en grado de resolver por sí solo, con los automatismos del mercado, los problemas de la pobreza de masa, de la exclusión de pueblos enteros en el bienestar difuso, de la igualdad creciente, etc. Todos invocan las normas para una *governance* global, pero aparecen divisiones insalvables apenas se trata de decidir qué normas hay que introducir, quien las dicta y debe hacerlas observar.

El desafío que supone la salida del estancamiento del subdesarrollo (o al menos reducir de modo sustancial la distancia de los países ricos) ha sido vencida por una serie de países, en

particular China, India, Brasil y los países del Sur-Este asiático, pero muchos otros no lo han conseguido, y varios países del África subsahariana han retrocedido, al menos en sentido relativo. Falta todavía el convencimiento vivido que estos problemas se resuelven solamente con una responsabilidad y un esfuerzo común, que incluso nuevos países industriales, como India y China, no han percibido todavía y de lo que no se han hecho cargo.

Un problema ausente de la Pp es el ambiental, y el conexo de las variaciones climáticas, hecho popular este año por nuestro templado invierno. Chernobil es de 1986. Los países pobres son los que sufren las consecuencias mayores del daño ambiental, y son también los que disponen de recursos menores para defenderse de tales consecuencias. En los años sesenta no se hablaba de responsabilidad ante las futuras generaciones, a las que no podemos legar un mundo saqueado y empobrecido.

Un problema apenas indicado —tres líneas y media, en el n. 69, están consagradas a los trabajadores emigrantes— es el de la emigración internacional, que todos los Estados en época de globalización (es decir, por definición de superación de fronteras) tratan de impedir, aun sintiendo la necesidad de trabajadores extranjeros. Se les ve como una amenaza, no como una posibilidad. Hoy resulta

bastante fácil superar legalmente o ilegalmente las fronteras y, con tal de huir de la miseria, se corre la aventura del mar con cualquier medio, o escondidos en los bajos fondos de un camión o entre el tren de aterrizaje de un avión. Este fenómeno, aparte los riesgos mortales de los emigrantes, trae consigo nuestro temor de acabar despojados de nuestra identidad cultural y religiosa, y de ver en cada emigrante un criminal en potencia.

La Pp no habla de la mujer y de sus problemas. Los vértices de Pekín y del Cairo vinieron después. El problema no es solamente el de los derechos de la mujer, es decir de *su* desarrollo, sino, por el tema que nos interesa, el de la mujer como protagonista del desarrollo. Las mujeres en realidad se revelan como mucho más fiables que los hombres en la gestión de los recursos escasos de una familia y más capaces de asegurar la satisfacción de las necesidades básicas de los familiares y de los niños. Pero en muchos países están todavía excluidas de los procesos decisorios, de la propiedad de la tierra, del crédito, etc., aparte de verse sometidas a gravísimas discriminaciones, aunque en algunos continentes son las mujeres las que cargan con todos los trabajos más duros. Uno de los apoyos del desarrollo es ciertamente la instrucción y la formación de las mujeres, que, por lo demás, resolverían también el problema demográfico. Incluso la deseada transformación desde el interior de la civiliza-

ción, que con frecuencia percibimos como hostil, es probable que llegará en un futuro solamente por la intervención de las mujeres como protagonistas.

La Pp ha sido hasta ahora poco estudiada, aunque muy citada. Fue la *carta magna* para muchos movimientos, inspiró innumerables campañas cuaresmales o por el desarrollo y ha sido fundamental para el nacimiento de tantos organismos de voluntariado. Ha inspirado valentía a muchísimos laicos y laicas comprometidos en la cooperación y en el esfuerzo por el desarrollo. Se ha revelado en efecto como un manifiesto programático que puede formar conciencias y

orientar la acción. Ha quedado como un documento que manifiesta la vitalidad y la previsión de la Iglesia aun cuando su mensaje queda aparentemente aislado. Manifiesta la capacidad de suscitar anticuerpos para deslegitimar el poder absoluto del mercado, y el valor de exigir nuevas instituciones democráticas internacionales autorizadas. En fin y sobre todo manifiesta la confianza en el ser humano, que puede cambiar la historia. En ella se respira la esperanza, en un mundo en el cual muchos tienen la convicción que nada puede cambiar, sino para peor. Esta permanecerá como intuición de fondo de un gran documento que no envejecerá tan fácilmente. ■